

## De apegos y distanciamientos

### Construcciones sociales acerca del paisaje del Arroyo de los Pocitos entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX<sup>1</sup>

Luis Contenti

<https://orcid.org/0009-0004-8569-4343>

[luiscontenti@gmail.com](mailto:luiscontenti@gmail.com)

Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Udelar

Fecha de recepción: 23/09/2024 Fecha de aceptación: 15/11/2024

#### Resumen

A la vera del Arroyo de los Pocitos de Montevideo se desarrolló, desde 1868, un pequeño poblado que experimentó una rápida transformación que lo llevó a constituirse primero en balneario de la élite rioplatense y, luego, en barrio de clase acomodada de una ciudad en expansión. Este escrito propone una aproximación a las construcciones sociales acerca del paisaje del arroyo a través de la exploración de experiencias colectivas e individuales, haciendo foco en dos perspectivas: la del habitante y la del foráneo; la de quien lo conoce desde sus prácticas cotidianas y vitales y la de quien tiene una mirada distanciada y panorámica; la de quien se vincula desde el apego y la de quien lo hace desde el distanciamiento estético. Se indaga, entonces, en relatos y reseñas en primera persona a modo de pequeños indicadores que permitan aproximarse a dichas construcciones sociales. A los efectos de organizar el análisis de documentos, se plantean tres tópicos sobre los cuales hacer foco: *el paraje* (pueblo primero, paulatinamente balneario y luego barrio); *las prácticas asociadas al agua*, (que aquí son las de lavado); finalmente, *el arroyo*. Cabe señalar que esta organización es meramente instrumental ya que los tres tópicos se encuentran profundamente imbricados durante los primeros años de vida del pueblo. Estos son abordados a partir de la selección de un conjunto de textos que permiten aproximarse tanto a lo que puede denominarse una *mirada próxima*, dada por relatos de residentes, como a la *mirada distanciada* de quienes no lo habitan.

Palabras clave: apego, paisaje, Pocitos, arroyo, Montevideo

#### Summary

*On the banks of the Arroyo de los Pocitos in Montevideo, a small town developed since 1868 that underwent a rapid transformation that led it to become first a spa city for the River Plate elite and, later, a wealthy class neighborhood of an expanding city. This paper proposes an approach to social constructions about the landscape of the stream through the exploration of collective and individual experiences, focusing on two perspectives: that of the inhabitant and that of the foreigner; that of those who know it from their daily and vital practices and that of those who have a distanced and panoramic view; that of those who bond from attachment and that of those who do so from aesthetic distancing. First-person stories and reviews are then investigated as small indicators that allow us to approach these social constructions. For the purposes of organizing the analysis of documents, three topics are proposed to focus on: the setting (town first, gradually a spa and then a neighborhood); practices associated with water (which here are washing); finally, the*

---

<sup>1</sup>El presente artículo se desprende de la tesis "Del arroyo pulsante al arroyo disperso. Infraestructura y paisaje en las múltiples configuraciones del Arroyo de los Pocitos" desarrollada en el marco de la Maestría en Paisaje Medio Ambiente y Ciudad (Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Nacional de la Plata) bajo la dirección del Dr. Fernando Willaims y co-dirección de la Mag. Arq. Norma Piazza.

*stream. It should be noted that this organization is merely instrumental since the three topics are deeply intertwined during the first years of the town's life. These are addressed from the selection of a set of texts that allow us to approach both what can be called a close view, given by residents' stories, and the distanced view of those who do not live there.*

*Keywords: attachment, landscape, Pocitos, stream, Montevideo*

## Introducción

Como en otras tantas ciudades, en Montevideo se procedió, durante la primera mitad del siglo XX, al entubado de la mayoría de sus cursos de agua, lo cual provocó su invisibilización y paulatino olvido y, consecuentemente, su desconocimiento por parte de gran parte de los habitantes. Tal es el caso del Arroyo de los Pocitos, cuya integración al sistema de saneamiento de la ciudad se concretó en 1929. Se trata de un arroyo que, cuando corría a cielo abierto, desagaba en el Río de la Plata y su cuenca, periférica al momento de la fundación de Montevideo, constituye en la actualidad uno de los territorios más densamente poblados de la ciudad (Figura 1).

Si bien se registran diversas actividades asociadas a sus aguas desde la época colonial, como es el caso de los saladeros<sup>2</sup>, interesa especialmente la práctica del lavado realizada por las esclavas de la ciudad, para lo cual excavaban, a la vera de su tramo inferior, pequeños pozos en la arena (Castellanos, 1971). Esta característica hizo que tanto el arroyo como la zona de su cuenca baja fueran conocidos popularmente como “de los pocitos”. Por otra parte, la cuenca comienza a urbanizarse recién en la segunda mitad del siglo XIX con la fundación en 1864 de un pueblo en la margen derecha del arroyo -que recuperando la denominación habitual se llamará “Nuestra Señora de los Pocitos”- y el desarrollo de un asentamiento espontáneo en la izquierda. Dado el uso tradicional del arroyo, no es de extrañar que los primeros pobladores de la zona fueran entonces principalmente lavaderos, aunque también se tenían pescadores y canteros. Como se verá, el primitivo poblado experimentó una rápida transformación que lo llevó a constituirse primero en balneario de la élite rioplatense y, luego, en barrio de clase acomodada de una ciudad en expansión. Este escrito propone una aproximación a la vivencia del paisaje del arroyo de los Pocitos durante este proceso.

Una entrada posible a esta cuestión es la idea del paisaje como *constructo social* (Nogué, 2007). Desde esta perspectiva, las apreciaciones individuales acerca de cierto paisaje están siempre condicionadas por el contexto social e ideológico en el que tienen lugar. Pero, por otra parte, están las experiencias directas e individuales del paisaje que, sin dejar de estar condicionadas socialmente, lo están asimismo por el grado de proximidad o distancia -no tanto física cuanto afectiva- con ese *afuera* con el que se entra en relación. Múltiples autores han hecho notar la diferencia entre la visión que sobre un mismo territorio puede tener quien lo habita y quien lo visita, quien lo conoce desde las prácticas cotidianas y vitales y quien lo aprecia como *objeto* estético. Por citar una de las referencias ineludibles, cabe recordar a Roger (2007), quien sostiene que es el distanciamiento, y la mirada impregnada de modelos estéticos, lo que posibilita la transformación del mero *pays* en *paysage*.

Sin embargo, hay quienes cuestionan precisamente el requisito del distanciamiento. Es así que el arquitecto del paisaje James Corner recurre a J. B. Jackson y J. Stilgoe y la distinción que han documentado entre la versión artística, histórica, representacional del paisaje y la versión geográfica y vernácula, siendo esta

---

<sup>2</sup>El proceso de fundación de la ciudad de Montevideo tuvo lugar entre 1824 y 1826 y en 1827 se procede a la definición de sus límites., quedando comprendida la totalidad de la cuenca en el territorio de Propios del Cabildo; es decir que podía ser arrendado para diversos usos (Baracchini & Altezor, 2010), entre los que destacan los saladeros (Bonavita, 1960).

segunda perspectiva la que pone en cuestión la distinción entre sujeto y objeto y el distanciamiento necesario para la formación del paisaje. (Corner, 1999: 155). Besse (2022), por su parte, sostiene que si el paisaje es entendido como una manifestación y expresión histórica y geográfica -pero también ontológica- del habitar humano, a la vez colectivo y personal, los apegos a los paisajes son apegos a modos de habitarlo, así como también a formas espaciales.

**Figura 1:** a) cuenca del Arroyo de los Pocitos en 1867 con indicación del predio que da origen al pueblo de los Pocitos en 1868; b) cuenca y arroyo en fotografía aérea de 1926; c) cuenca en la ciudad actual (2024).



Nota: Elaboración propia a partir del Plano de D'Albernat de 1867 (Biblioteca Nacional), plano de mensura de Henrique Jones del predio que da origen al Pueblo Nuestra Señora de los Pocitos según la interpretación de Ros (1923), geoportal de la Intendencia de Montevideo y Google maps.

Lo que se propone aquí es aproximarse a posibles construcciones sociales acerca del paisaje del arroyo, a través de la exploración de experiencias colectivas e individuales -que, como se viera, están profundamente interrelacionadas- haciendo foco en dos perspectivas: la del habitante y la del foráneo; la de quien lo conoce desde sus prácticas cotidianas y vitales y la de quien tiene una mirada distanciada y panorámica; la de quien

se vincula desde el apego y la de quien lo hace desde el distanciamiento estético. Se indagará, entonces, en relatos y reseñas en primera persona a modo de pequeños indicadores que permitan aproximarse a dichas construcciones sociales, centrándose en la porción de la cuenca en la que el arroyo se manifiesta con mayor potencia y, asimismo, permite identificar cierto *corpus* de escritos para su análisis: el territorio de la cuenca baja asociado al primitivo pueblo de los Pocitos. A su vez, a los efectos de organizar el análisis de documentos, se plantean tres tópicos sobre los cuales hacer foco: *el paraje* (pueblo primero, paulatinamente balneario y luego barrio); *las prácticas asociadas al agua*, (que aquí son las de lavado); finalmente, *el arroyo*. Cabe aclarar, que esta organización es meramente instrumental ya que los tres tópicos se encuentran -como se verá- profundamente imbricados durante los primeros años de vida del pueblo. Estos serán abordados a partir de la selección de un conjunto de textos que permiten aproximarse tanto a lo que puede denominarse una *mirada próxima*, dada por relatos de residentes, como a la *mirada distanciada* de quienes no lo habitan.

Para aproximarse a la *mirada próxima* tanto acerca del paraje como de las prácticas asociadas al agua y, finalmente, del arroyo, son de particular interés tres textos cuyos autores rememoran el Pocitos de su niñez: *Pueblo de los Pocitos* de Guillermo García Moyano (1979), *Pocitos era así* de Ramón Carlos Negro (1995) y *Pocitos de Pereyra p'abajo* de Juan Jorge Ravera (2001). El primero de ellos refiere al primitivo poblado desarrollado alrededor de su calle principal: Gabriel Pereira; el segundo evoca el Pocitos al oeste de esta calle; el tercero -a modo de contrapunto del anterior- se centra en el barrio al este la misma; "p'abajo", es decir, hacia el arroyo. García Moyano aborda el período 1904 - 1914; el relato de Negro comienza, justamente en 1914 y se extiende a lo largo de buena parte del siglo XX; finalmente, la rememoración de Ravera -quien descende de una de las primeras parejas italianas radicadas en el pueblo en 1860- comienza con sus primeros recuerdos correspondientes al año 1926 y se prolonga más allá de comienzos de la década del 30. El lapso de diez años que separa las ventanas temporales abordadas por García Moyano y por Ravera da cuenta de las rápidas transformaciones que estaba atravesando el lugar. Como señala el propio García Moyano, su texto recorre un período durante el cual "el pueblecito de lavanderas e italianos mantuvo sus características, antes de ser balneario" (García Moyano, 1979, p. 7); el texto de Ravera, por su parte, da cuenta de la transformación procesada en el viejo pueblo, donde la calle Gabriel Pereira oficia de límite entre el Pocitos "de Pereira p'abajo", donde continuaban viviendo las familias de los lavanderos italianos y el Pocitos de las residencias de veraneo de la clase alta montevideana. Es precisamente este Pocitos el que le interesa a Negro: el habitado por "tantas figuras relevantes del quehacer nacional". Este autor, si bien pretende dar cuenta de la condición policlasista del barrio, trasunta a lo largo del texto una sensibilidad de clase media-alta, en franco contraste con los otros dos relatos. Como se verá en las páginas siguientes, los tres textos son muy ricos en descripciones y anécdotas acerca del Pocitos de comienzos del siglo XX, sus costumbres, sus habitantes y su paisaje. En la figura 2 se indica la ubicación de las viviendas de los tres autores en los períodos reseñados, así como las principales referencias espaciales mencionadas.

A los efectos de explorar la *mirada distanciada* se recurre a un conjunto de notas de prensa de la época<sup>3</sup> correspondientes, en su mayoría, a publicaciones periódicas de la ciudad de Montevideo y, por tanto, externas al pueblo. De este conjunto destacan, en particular, una reseña de Daniel Muñoz<sup>4</sup> que merece especial atención por lo exhaustivo de la descripción y por su particular sensibilidad, así como la mirada verdaderamente extranjera del cronista norteamericano Theodore Child.

<sup>3</sup>Cabe aclarar que las notas aquí reseñadas han sido extraídas -salvo alguna excepción- de diversos textos relativos a la historia de Pocitos o de la ciudad. No se ha procedido a hacer una revisión y sistematización de fuentes primarias ya que -sí bien éstas son accesibles- tal empresa excede ampliamente el alcance del presente trabajo.

<sup>4</sup>Daniel Muñoz fue periodista y uno de los fundadores del diario *La Razón*, donde escribió numerosos artículos bajo el seudónimo de Sansón Carrasco entre 1878 y 1888. Abandonó el periodismo para dedicarse a la política convirtiéndose, en 1909, en el primer intendente de Montevideo.

Figura 2: Plano de referencia a partir de fotografía aérea de 1926.



Nota: Se indica la ubicación de las viviendas de García Moyano, Ravera y Negro, el Arroyo de los Pocitos, los límites de la cuenca, calles y otros sitios referidos en los textos. Fuente: Elaboración propia a partir de la fotografía disponible en el Geoportal de la Intendencia de Montevideo.

A continuación, se analizarán, en primer lugar, las referencias al paraje; en segundo lugar, a las prácticas asociadas al agua y, finalmente, al arroyo. En cada caso, se contrastará la mirada *próxima* con la *distanciada* para aproximarse a la identificación de posibles construcciones sociales de paisaje en las dos claves mencionadas más arriba: la del apego y la del distanciamiento estético.

### El paraje: la mirada próxima

El primer texto a repasar es el de García Moyano, quien comienza su relato en 1904 describiendo la vieja casa en la que se instala su familia y su entorno inmediato. Esta se ubicada casi sobre la playa, donde el empedrado de las calles se perdía bajo la arena: “Sabíamos, (...), que en los días de temporal las olas golpeaban en los muros exteriores y casi nos cerraban la entrada por el lado de la playa. (...). Era de las viejas casas del pueblito, un poco enterrada en los médanos, (...)”. (García Moyano, 1979: 12-13).

El texto proporciona una descripción del pueblo, sus habitantes y sus prácticas cotidianas; un pueblo con calles de tosco empedrado de cuña, donde las veredas de tierra arenosa y cercos primitivos con alineaciones de álamos o tamarindos, alternaban, “de cuando en cuando (con) un predio de vereda embaldosado al frente de las tres o cuatro villas de los buenos burgueses veraneantes” (pp. 47-48). La descripción de mayor riqueza a los efectos de dar cuenta de la atmósfera del paraje quizás sea la siguiente, en la que presenta una exhaustiva reconstrucción de su paisaje sonoro:

Me despertaba temprano, demasiado temprano, y por la ventana abierta oía entrar los primeros ruidos de la calle. Y entraba también el ruido del mar, siempre aquel ruido del mar, que en las mañanas serenas era sinfonía muy monótona, como para ser oída desde cerca; música de arrastre, repetida y repetida. Música que se producía al romper la ola y avanzar, revolviendo los cantos rodados echados y llevados en la playa. Desde la cama, medio oscuro aún, adivinaba la mañana clara, limpia, serena. El oído pronto se acostumbraba a diferenciar todos los ruidos. Ruido del carrito del primer lechero, llantas de metal y herraduras del jamelgo en chispas contra el empedrado de cuña de la calle Pereyra. Fusionado, metálicamente, con el ruido inconfundible de los golpes en las tapas de los tarros grandes de la leche. ¡Cómo tenían que golpear aquella mañana con un hierro bastante pesado -¿una herradura vieja quizás?-, la tapa rebelde, acribillada sin duda de abolladuras! Un poco más tarde, a las siete, empezaba el pasaje de las carretillas, en el trasiego de arena de las «empalizadas». Y también a esa hora ya salía infaliblemente al aire, como tintineo de pueblo, el canto diario del hierro golpeado que bajaba de la herrería de Fu-Fu, en la esquina de Chucarro, dos cuadras cuestan arriba, donde el tranvía hacía su curva. De todos aquellos ruidos, era este el que llegaba más limpio, pasando por todos los tonos. Empezaba cada tiempo en un tintineo agudo -machacar el hierro frío-, para terminar en golpes de tono grave. Una pausa y empezar de nuevo. Inesperadamente, un loco repiqueteo en agudo, que se entreveraba a veces con el llamado a misa de la campanita de la capilla de don Doménico. Eran los ruidos diarios de la iniciación de la vida pueblerina. Ruidos siempre diferenciados unos de otros. Y cuando los barriles rodantes pasaban hacia la playa, tumbos más tumbos, golpeando sus aros de metal en las piedras desperejadas de la calle, iba a ser fácil saber, siempre por el ruido, cuando pasaba el tonel grande, de doble aro, del viejo Luigi arrastrado a los tirones por «Tomasita», la mula pateadora, famosa en todo el pueblo”. (pp. 46-47).

Ravera (2001), por su parte, abunda en anécdotas de su niñez y juventud dando cuenta de múltiples actividades cotidianas y eventos extraordinarios. Como se señaló más arriba, su familia está asentada en el pueblo desde sus orígenes: “mis abuelos nacieron aquí, mis bisabuelos vinieron de aquellos pueblitos del Piamonte, Osiglia y Gattinara. Y llegaron con ilusiones per fare l’America”. Y agrega: “No les fue fácil y tuvieron que empezar dura y tenazmente a lavar ropa ajena en los pocitos laderos del arroyo” (págs. 9-10). Su caracterización del paisaje del pueblo tiene muchos puntos de contacto con la de García Moyano. Aparece nuevamente la mención al desperejo empedrado de cuña, sobre el que “producía un ruido ensordecedor el paso de los carros con sus llantas de acero”, carros que acarreaban arena de los médanos (pp. 10-11); a la calle “desigualmente edificada, todavía con más baldíos que casas” (hace referencia a Pagola) que “se iba cubriendo de arena a medida que nos acercábamos a la playa, en una suave transición que sentíamos bajo nuestros pies” (p. 12); también se tiene la referencia a los pescadores y a la práctica del lavado, que ya se hallaba en franca decadencia. El paisaje de Ravera es un paisaje de precisas descripciones visuales, de aromas -fundamentalmente florales- pero también de sonidos. Como contrapunto de la rica rememoración del paisaje sonoro matutino realizada por García Moyano, Ravera se enfoca en el nocturno:

El sonido unas veces monótono y suave, otras arrítmico y bravío de las olas rompiendo en la arena con el acompañamiento del viento silbando y ululando entre los álamos de la calle Pagola. Ahora ya no nos llegan aquellas voces desde el ancho río. El grito de la canilla. Aquel hombre chiquito, de edad indefinida, que caminaba con pequeños y apresurados pasos, acompasando cada cuatro o cinco de ellos con su clásico pregón (...). Más tarde aún, el chirriar de las llantas de acero del tranvía que doblaba en la curva de Pereyra [sic] y Chucarro. Había dos o tres coches nocturnos y otros tantos después de las cinco de la mañana, pero aquel sonido agudo interrumpía cualquier otra cosa pues su tonalidad elevada casi lastimaba los oídos. El croar de las ranas, el agudo y monótono raspar de los grillos, el zumbido amenazador de los mosquitos, en el microclima húmedo del arroyo ocupaban distintos niveles de la escala (...). Un rugido profundo, cavernoso, que hacía temblar las paredes provenía de las fieras enjauladas, no siempre satisfechas en su voracidad. Tenía algo de ominosa y amenazante aquella vibración que nos llegaba en el aire desde la cercana Villa Dolores (...). Cuando con regularidad cronométrica, sincronizado con la aurora, cada gallo irguiéndose en toda su estatura, hinchaba el pecho y profería su característico canto que tiene mucho de posesivo y victorioso, (...). (pp. 49-52)

Finalmente, la mirada de Negro, como ya se consignó, se centra en el Pocitos al otro lado de Pereira. Si bien hace referencia a temas que denotan su contexto social como "las hermosas casas-quintas" y sus jardines o los códigos de vestimenta, realiza un exhaustivo repaso de las actividades desarrolladas a lo largo del año por múltiples actores -desde veraneantes a vendedores callejeros-, dando cuenta de diversas actividades comerciales y sociales. Retomando la clave del paisaje sonoro, si bien el texto no presenta una descripción exhaustiva como las vistas anteriormente, deja claro cómo los sonidos contribuyen a marcar el ritmo de vida del lugar: "(...), las sirenas de las fábricas a las siete de la mañana, las campanadas de la iglesia o el reloj de la Estación Pocitos podían bastar para ajustar el tiempo de cada uno" (p.54). Destacan, en particular, las referencias a los juegos y 'travesuras' realizados con amigos del barrio y a los sitios en que éstas tenían lugar, lo cual da cuenta de una memoria afectiva relacionada con Pocitos. Esta impronta es, de hecho, explicitada por el autor: "(mis) recuerdos y apreciaciones están teñidos de subjetividad no al nivel de la vanidad autobiográfica pero sí, y sin pedir disculpas por ello, en la medida de una visión comprometida con mi tiempo, mis afectos y mi lugar de vida" (p.187).

Queda claro que los tres autores dan cuenta de un profundo arraigo con el lugar. Sus recuerdos, imbuidos de una importante carga afectiva, expresan sentimientos de apego. La caracterización del paraje es indisoluble de las personas que lo habitan y sus experiencias compartidas y el paisaje es fundamentalmente el de las prácticas cotidianas. En particular, las reconstrucciones del paisaje sonoro denotan un profundo sentimiento de *habitar* en el sentido que plantea Besse (2019). Dice el autor que "habitar es estar rodeado de sonidos y ruidos, es estar empapado de ambientes sonoros muy diversos, y a la vez estar invadido de manera irreprímible por esos ambientes", agregando que esas sonoridades *crean paisaje* ya que constituyen la atmósfera característica de los lugares que habitamos (págs. 56-57). Las referidas reconstrucciones efectivamente permiten experimentar las atmósferas del Pocitos de comienzos del siglo XX y eso es posible justamente por un apego al lugar que marcó, de modo indeleble, las vidas de los autores. Solo un profundo apego puede dar lugar a descripciones tan vívidas, escritas más de sesenta años después.

### **El paraje: la mirada distanciada**

Daniel Muñoz, en su artículo *Los Pocitos*, realiza una descripción del incipiente establecimiento balneario, luego de pasar unos años sin visitar el paraje. Su escritura denota una clara apreciación estética del mismo y cierto romanticismo en relación a las personas y prácticas que dieron origen al pueblo: las "lavanderas que empavesaban sus tendedores con las ropas y lienzos que colgaban a secar, flameantes como banderolas y gallardetes al soplo de la virazón que azota aquella playa abierta al Sur" En ese lapso de tiempo, "lo que ha perdido el sitio de su agreste poesía, lo ha ganado en comodidades de vida civilizada, con sus calles empedradas, con sus casas de recreo de caprichosa y elegante arquitectura, con sus jardines y parques y con los comercios y establecimientos que suplen todas las necesidades de los que alejándose de la ciudad buscan refugio durante el verano en aquella pintoresca costa siempre batida y refrescada por el oleaje del dilatado mar (...)". (Muñoz, 1893: 87)

Aquí se tiene no solo la referencia a la *pintoresca* costa, sino una mirada que solo ve el paisaje de la clase alta, el de la *vida civilizada* en lo que, en esos momentos, era mayoritariamente un pueblo de lavaderos italianos. Esto es aún más evidente en el siguiente pasaje, donde se expresa la idea del ser humano que, enfrentado a las fuerzas de la naturaleza, logra imponer su dominio y construir así un paisaje bello, acorde con los modelos imperantes que no solo son estéticos, sino también socioculturales: "Forma allí la playa un seno en cuyo centro se levantan las construcciones del Establecimiento Balneario, arrasadas varias veces por las iracundias del mar que embravece el pampero, y reconstruidas otras tantas por la infatigable constancia

de las diversas empresas que se han empeñado, hasta conseguirlo, en hacer de aquella árida región una estación de baños (...). Aquello es ahora un verdadero casino balneario como los que se ven en las más renombradas playas europeas. No hay lujo decorativo ni de amueblado; pero hay espacio, limpieza, aire, luz, buena mesa y mejor paisaje; (...)" (p. 88). La mirada estética sobre el entorno natural y sobre las prácticas humanas queda de manifiesto, a su vez, aquí:

Bordan la graciosa curva de aquella ensenada grandes médanos de arenas doradas por el sol que las hornea, entre las que crecen vegetaciones héticas y descoloridas, calcinadas las raíces en las entrañas caldeadas del médano y marchitas las hojas por el mar que escupe sobre ellas babas salitrosas que se cristalizan en las plantas brillantándolas como confituras azucaradas. Tierra adentro la vegetación es más lozana, aunque no viciosa, porque las brisas marinas aplacan las exuberancias de la savia; pero, con todo, se ven grupos de árboles frondosos y el campo que nos rodea verdeando con los cultivos de hortalizas, dispuestos en cuadrados simétricos cada uno de los cuales da un tono diverso de colorido, formando como un mosaico de variadas gradaciones de tintes verdosos. Todo esto, sin embargo: médanos, árboles, costas, promontorios, no es más que el marco del gran paisaje del mar, (...) poblado al caer la tarde por las barcas pescadoras que regresan de sus atrevidas excursiones como bandadas de aves, impulsadas por sus grandes y graciosas velas latinas que tienen corte y vibraciones de alas, cruzándose las barcas que vienen en busca de la anhelada amarrazón con las gaviotas que van en demanda de su amoroso e ignorado nido, llevando unas y otras el sustento de los suyos (pp. 89-91).

No hay en el texto de Muñoz referencias a las características dominantes del poblado ni a sus habitantes, excepto cuando pueden ser integrados a un paisaje visual y bello. Los habitantes y sus prácticas son o bien agentes de un paisaje pasado sustituido ya por uno civilizado o bien *atrevidos excursionistas* asimilables a bandadas de aves que amenizan graciosamente la tarde de los visitantes o bien, finalmente, una fuerza invisible que configuran el mosaico del paisaje lejano. Las únicas menciones al poblado refieren a las (pocas) construcciones de las familias acomodadas y sus jardines; por otra parte, abundan las referencias al confortable establecimiento balneario y a sus elegantes usuarios. Lo que no es asimilable según el modelo estético hegemónico, no existe en su apreciación paisajera.

El paisaje que ve Muñoz no es otro que el de la clase alta y esto se repite en diversas notas de prensa. Barrios Pintos y Reyes Abbadie (1994) citan algunas notas de la época<sup>5</sup> que van en el mismo sentido: En *La Nación* de enero de 1879 se expresaba, acerca de la gran concurrencia diaria a los baños de Los Pocitos "No es extraño: el paraje donde están estos baños es muy cómodo y seguro, en extremo pintoresco, y las aguas son cristalinas y muy saludables (...)" Los citados autores hacen referencia, asimismo, a un artículo de *La Razón* del 5 de diciembre de 1882 que expresaba que "La playa de los Pocitos es el punto de reunión de nuestra high life, en las mañanas y tardes de la presente estación" (pp. 20). Vale la pena contrastar esta mirada celebratoria con la que puede ofrecer un extranjero no solo al paraje sino al país, como es el caso de Theodore Child sobre su visita Montevideo de 1890:

Durante el verano Montevideo atrae a mucha gente; vienen hasta de Buenos Aires en la estación de los baños. Se han habilitado dos playas de arena fina y todos los elementos necesarios, en Ramírez y Pocitos, ambas a poca distancia de la ciudad y servidas por tranvías. El agua del mar en estos dos lugares se halla descolorida por las aguas turbias del Río de la Plata, y ni uno ni otro lugar son tan deliciosos como se creyera de atenderse a las descripciones de los nativos. Son aceptables, eso es todo; por lo demás no hay nada mejor. (Theodore Child, citado por Castellanos, 1971: 204)

<sup>5</sup>Si bien la fecha de estas notas (enero de 1879) parece ser anterior al texto de Muñoz, que fue publicado en 1893, cabe tener presente que éste último se trata de una recopilación de artículos -no fechados- publicados entre 1878 y 1888.

A su vez, una nota publicada en La Tribuna Popular el 3 de julio de 1890 presenta una exhaustiva descripción del paraje, dando cuenta de una realidad social completamente diferente a la aludida mayoritariamente: “Los Pocitos es una localidad bonita y bien situada, pero difícilmente llegará a adquirir importancia bajo el punto de vista social y comercial. Es un pueblo esencialmente obrero. La mayoría de sus habitantes son canteros los hombres, y lavanderas las mujeres. No obstante, residen allí familias pudientes”. (Barrios Pintos y Reyes Abaddie, 1994: 22-23). El artículo continúa enumerando los servicios existentes en la localidad y la caracterización presentada se acerca mucho más a las reseñas de los habitantes del pueblo y a otras fuentes documentales que a la mirada distanciada, estetizada y elitista de la que da cuenta el resto de las notas de la prensa local que han sido analizadas.

Sin embargo, unos años más tarde el mismo periódico no hace sino confirmar, una vez más, la mirada hegemónica. Es así que el 9 de diciembre de 1903, se decía a propósito de la ceremonia de bendición de las aguas: “El cielo de una limpidez azul que contrastaba con el profundo verdor del estuario cerraba como una hermosa bóveda el vasto y encantador panorama realzado en sus bellezas por la apacible calma y esplendor del día” Y luego agregaba: “Los vibrantes y armónicos sonos se entremezclaban en el ambiente con los silvestres perfumes de las campiñas próximas y las balsámicas emanaciones marinas. (Assunção y Bomber, 1991: 51- 52). En el mismo sentido, Carlos María Maeso en una crónica de 1910 refiere a *Los Pocitos* como una “magnífica playa” donde se construyó una estación balnearia alrededor de la cual “ha surgido en pocos años una villa hermosísima” cuyos edificios “son chalets lujosos, donde compite el buen gusto y la esplendidez de sus propietarios. Hay centenares de residencias veraniegas que harían honor a cualquier playa europea” (Torres, 2007: 84). Este artículo da cuenta tanto de la transformación que atraviesa el paraje durante el cambio de siglo como de la continuidad de la mirada paisajística dominante.

En síntesis, puede decirse que -exceptuando alguna visión disidente o lo suficientemente extranjera- hay cierta confluencia en el conjunto de reseñas consideradas en torno al paisaje del Pocitos del cambio de siglo. Se trata de una mirada distanciada, panorámica, que ve el paraje y su entorno como un paisaje pintoresco dominado por el amplio mar y enmarcado por los médanos costeros y un mosaico de verdes, un paisaje jerarquizado por el establecimiento balneario y las *caprichosas* casas de veraneo con sus hermosos jardines, es decir, el marco ideal para el ocio de la “*high life*”. Vale recordar aquí a Nogué, cuando dice que “solo vemos los paisajes que ‘deseamos’ ver”, es decir, los que se adecuan a ciertos modelos estéticos que tenemos en nuestra mente, modelos que expresan ideologías y relaciones de poder (Nogué, 2007: 13). Está claro que aquí hay un paisaje *deseado* -un objeto de deseo de la clase dominante- que invisibiliza y esconde en sus intersticios las otras realidades del pueblo.

### **Las prácticas en relación al agua: la mirada próxima**

El Pocitos de García Moyano aún mantiene una importante presencia de la práctica de lavado de prendas, como denota el siguiente pasaje:

Aquí y allá, a derecha e izquierda, en distintos puntos de la playa, cantidad de barriles o toneles rodantes, que giraban sobre sí mismos, más grandes o más chicos, tirados por un caballo o una mula y aún por un burro, llegaban hasta la orilla y desaguaba allí el agua servida de las piletas de lavar. (...) Un agua blancuzca y jabonosa corría por la arena mojada y enturbiaba la otra agua del río, ese día bien azul y clara. (...). Estaba prohibido, por disposición municipal, echar a las cunetas de las calles, el agua servida de las piletas. Por eso el agua jabonosa se juntaba en los barriles que a primera hora -y también al caer la tarde-, rodando, formaban pintoresca caravana hacia la playa. (p. 14)

De aquí emergen varios aspectos de interés: por un lado la descripción de un paisaje efímero, de un acontecimiento cotidiano que contribuye a darle un carácter particular al paraje; por otro lado, la visibilización -en plena playa 'burguesa'- de procesos que tienen lugar a lo largo y ancho del pueblo relacionados con su subsistencia; finalmente la referencia a uno de los conflictos principales que tuvieron lugar, en este caso de particular importancia ya que refiere a la situación sanitaria del arroyo. En otro pasaje, el autor da cuenta de cómo eran los establecimientos de lavado en ese momento (1904):

Al lado mismo de nuestra casa, (...) allí vivían los Meneguzzi, una de las tantas familias fundadoras del pueblo. La casa antigua daba frente al mar, con la puerta de calle y el portalón grandote por donde podía pasar el carro (...). Entrando, al fondo, la gran pileta de material con los sitios estriados para el manipuleo de la ropa. Detrás, ya en el patio, el gran pozo manantial, uno de los pocitos que le daba nombre al pueblo. Una gran vara o pluma en balancín sobre un tronco en horqueta, hundía el balde en el agua, bien límpida, aunque algo salobre, y la hacía subir sin ningún esfuerzo, impulsando apenas hacia abajo la otra mitad de la rústica vara. Una gruesa cuerda colgante, con nudos, permitía sin esfuerzo, dominar el equilibrio del artefacto. Era un verdadero sube y baja. Un contrapeso -piedras chatas bien aferradas al otro extremo del balancín-, hacía todo el trabajo. Este primitivo pero práctico sistema era el que se veía en todas las piletas de lavar del pueblo". (pp. 33-34).

En el caso de Negro, por su parte, las referencias a las prácticas asociadas al agua son escasas y expresan una mirada ajena y hasta romántica. Es así que en el apartado dedicado a los "personajes de la calle" acota que las lavanderas "llevaban la ropa sucia y la traían limpia en grandes atados y admiraba su andar ágil, y hasta con gracia, portando los bultos en su cabeza en perfecto equilibrio" (p. 138). Más allá de esta referencia, aparentemente las prácticas de lavado no formarían parte del paisaje al oeste de Pereira, lo cual sería razonable dada la dependencia que los lavaderos tenían de las aguas del arroyo.

Volviendo al entorno inmediato de este último, es decir al Pocitos "de Pereira p'abajo", los diez años transcurridos entre los periodos referidos por García Moyano y por Ravera dan cuenta del cambio sustancial que allí se estaba produciendo. Dice Ravera: "La otra orilla (del arroyo) era ya el barrio del Hormiguero, (...). Allí sobrevivía aún, en mis años infantiles, la vieja tradición de las lavanderas" (pág. 13). Es decir, la práctica que había dado origen al pueblo y aún estaba muy presente en la memoria de García Moyano y seguramente impregnaba las historias familiares de Ravera, había entrado ya en franca extinción, quedando relegada a unos pocos establecimientos que aún persistían al otro lado del arroyo.

### **Las prácticas en relación al agua: la mirada distanciada**

Las notas de prensa que se presentan aquí tienen un carácter más pragmático que las reseñadas anteriormente. El lavado aparece como un problema de higiene que debe ser abordado. En este sentido, los artículos aluden a una situación conflictiva entre la municipalidad y quienes se dedican al lavado. En un artículo publicado en la revista Rojo y Blanco en 1902 se informa lo siguiente: "(...) se ha producido recientemente un semiconflicto entre la Municipalidad y los lavaderos de ambos sexos que trabajan en los Pocitos, con motivo de disposiciones del Director de Salubridad Dr. Lapeyre sobre el sitio en que deben arrojarse las aguas una vez servidas en la preparación de la ropa". (El conflicto lavanderil, 1902). Y, a continuación, se agrega que Lapeyre "se muestra inflexible con este caso, dispuesto al fiel cumplimiento de sus órdenes y los desacatos ó contravenciones han sido punidos con multas y prisiones. Así, cuarenta ó cincuenta lavaderos y lavanderas han ido a parar a la Policía (...)". El año siguiente, una nota de La Tribuna Popular del 14 de diciembre de 1903 hace referencia a un proyecto del referido Dr. Lapeyre para abordar el problema de los lavaderos -fundamentalmente de los Pocitos- a causa de los problemas higiénicos que generan:

El Directorio de Salubridad, doctor Lapeyre, trabaja con todo empeño, para que pronto sea una realidad la instalación de lavaderos higiénicos municipales. (...) En el informe pasado a la Junta sobre este asunto, se dice: en lo que respecta a los lavaderos de los Pocitos establecidos hace muchos años en aquella localidad, son distribuidores de microbios surtidos a domicilio. Y agrega: se sumergen allí en grandes piletas y en las mismas aguas las ropas provenientes de todos los puntos de la ciudad. Con las ropas sanas se mezclan las de los enfermos de tuberculosis, sífilis, etc. (...). (Assunção y Bombet, 1991: 52-53)

Cabe tener presente que estas notas son apenas anteriores al inicio del relato de García Moyano, por lo que es fácil comprender, entonces, el contexto en el que se daba la práctica cotidiana de descarga de aguas servidas en la playa. Por otra parte, si bien la primera de las notas toma en consideración a las personas involucradas en la práctica del lavado, en la segunda estas aparecen como sujetos omitidos, causantes de perjuicios para la población de la ciudad toda. No hay aquí, desde luego, ni apego ni distanciamiento estético sino pragmatismo: se trata de un problema que debe ser resuelto lo antes posible.

### **El arroyo: la mirada próxima**

Si bien el arroyo no es el tema central de ninguno de los escritos seleccionados, éste aparece en diversos pasajes de los mismos dando cuenta de su presencia insoslayable, aunque, como se verá, no precisamente deseable. García Moyano (1979) hace referencia a él en escasas oportunidades, siendo de interés aquí dos de ellas. En el siguiente pasaje da cuenta de sus características morfológicas y sus dinámicas vinculadas tanto a la apertura o cierre de la barra, como a las prácticas asociadas a los lavaderos:

Arroyo muy especial, que tenía o no tenía -según los días y el régimen de los médanos movidos por los vientos-, salida al mar. Cuando no tenía salida el arroyo engordaba y a la altura del puente parecía un verdadero arroyo, profundo y ancho. Hasta allí llegaba, como un manso hilo de agua, desde el «campo Chivero» y en el final de su curso recibía el no muy deseable caudal de aguas servidas, más o menos clandestinas, de algunos lavaderos. Lo malo es que cuando el arroyo se ponía caudaloso, el agua tomaba un muy feo color verde de agua estancada. (pp.45-46).

A su vez, en otro pasaje ofrece una clara pista acerca de la valoración social del arroyo en esos tiempos:

Con severidad y ceño adusto, los munícipes locales enderezaban su represión contra los lavaderos ubicados en las calles Pagola y Buxareo -vale decir, las inmediatas por ambos márgenes, al arroyo-, de manera que no pudiera engrosarse su nada limpio caudal con las aguas servidas de las piletas de lavado. Porque siempre se hablaba de que en aquella «zona del arroyo» (...), existía endémicamente epidemia de tífus. Sería o no casual el hecho de que se hubieran registrado numerosos casos de tifoidea cerca del arroyo, lo cierto es que mucha gente no quería ir a vivir, aunque las casas fueran de alquiler irrisorio, en la calle Pagola. (p. 60).

Nuevamente aparece aquí la contaminación de las aguas por la actividad de los lavaderos y la percepción del riesgo que esto generaba.

Ravera, por su parte, hace referencia al arroyo en diversas oportunidades a lo largo de su texto. Da cuenta de su caudal variable al expresar que se trataba de un arroyo que, en época de lluvias, “podía convertirse en un torrente que arrasaba con todo, llevándose a flote los precarios galpones y casillitas que se levantaban en los fondos de las casas que bordeaban el arroyo y también gallinas, patos, y toda clase de objetos”, pero que “habitualmente era muy poco caudaloso y la mayor parte del año solo tenía una tranquila superficie en la cual larvaban millones de mosquitos” (Ravera, 1993, 22) [ver figura 3]. Confirma también las características

de su difícil desembocadura: “un arroyo que transcurría lento y manso por lo general, buscando el mar entre los médanos salpicados de modestas casitas del barrio italiano” (pág. 9-10); que era “poco caudaloso en verano (y) llegaba a la orilla luego de hacer una curva que parecía buscar la zona de las rocas” (pág. 81). Describe, asimismo, el puente de madera de Benito Blanco, dando cuenta de la emoción que de niño sentía al cruzarlo: “Puentecito de madera pintado de gris. Un gris gastado con tonos de blanco impartidos por el salitre del mar, con viejas y nobles grietas. ¡Con cuánta alegría cruzaba yo ese puente de la mano de mi abuelo, (...)!” (p. 13). La experiencia es la del cruce y el apego es con el puente, asociado al recuerdo del abuelo; no con el arroyo.

Al igual que García Moyano, Ravera hace referencia a sus malas condiciones sanitarias: “El arroyo hacía malsano al barrio; nubes de mosquitos que en verano se hacían insoportables, teníamos que protegernos con extensos tules mosquiteros, única forma de poder dormir, (...). El croar de las ranas durante toda la noche que no molestaba tanto, y además consolaba pensar que se comían los mosquitos” (p. 19). Esta descripción da cuenta -además de la incomodidad que significaba vivir en las cercanías del arroyo- de una cierta espacialidad casi intangible dada por el alcance de las nubes de mosquitos y por la percepción de su proximidad por los sonidos de pequeños animales. Pero esta proximidad, en el contexto de transformación social del antiguo pueblo, poseía también la carga de un estigma: “Los que vivíamos «de Pereyra p’abajo», en las manzanas comprendidas entre Barreiro, Pagola y el arroyo, en cierto modo estábamos segregados del barrio más aristocrático (...). Un distinguido colega, que de niño tenía su casa en Massini esquina Pedro Berro, cierta vez me dijo: «A mí no me dejaban cruzar de Pereyra para abajo por el peligro de la tifoidea». Así que, como irán viendo, los italianos y sus familias que habían fundado el pueblo, vivían por entonces como en un ghetto” (pp. 19-20).

En el texto de Negro, por su parte, son muy escasas las alusiones al arroyo, que en general oficia como elemento de referencia espacial para ubicar tal o cual lugar. El siguiente es un extracto del único párrafo que le dedica en forma explícita:

Un poco más allá de la calle M. Pagola desembocaba el arroyo de los Pocitos (...). (...) al poblarse sus cercanías estas aguas se volvieron sucias, contaminadas, malolientes porque en ellas se arrojaban los detritus de las quintas por donde pasaba. Esto se acentuaba cuando el río formando una barra de arena, obstruía el libre desagüe de su débil corriente y en consecuencia se producía una ancha laguna. De esta manera el arroyo se transformó en una de las fuentes ciudadanas de fiebre tifoidea. A este propósito recuerdo que el Profesor Morquiuo cuando llegaba a su clínica un niño con esa enfermedad lo primero que preguntaba era si vivía cerca del arroyo. Tan mala fama tenía”. (Negro, 1995: 19).

Se confirma una vez más la caracterización de la desembocadura del arroyo y nuevamente se expresa una valoración negativa acerca del mismo con la omnipresente referencia a la tifoidea. En otro pasaje -esta vez sin hacer mención al arroyo- puede verse otra vez la incomodidad que provocaba su cercanía: “para evitar los molestos y zumbadores mosquitos, en verano se dormía bajo mosquiteros de tul que pendían de algún gancho de bronce o de hierro colocado a lo alto en la cabecera de la cama” (p.53). Aunque los habitantes de Pereira al oeste renegaran del entorno del arroyo, su presencia se hacía sentir de todas formas.

**Figura 3: Vista del arroyo tomada probablemente desde el ‘puente de piedra’ (actual calle 26 de marzo) hacia la costa.**



Nota: Puede apreciarse el arroyo ensanchado por el cierre de la barra, el puente de madera y algunas empalizadas afectadas por las crecidas. Año 1920 (aprox.). Fuente: Centro de Municipal de Fotografía. Licencia CC0 1.0 Universal.

De los referidos escritos emerge, en primer lugar una ratificación del carácter variable de la desembocadura del arroyo, en función de la apertura o cierre de su barra; en segundo lugar, que se trataba de un arroyo poco caudaloso pero que tenía un importante incremento de caudal en momentos de precipitaciones intensas; en tercer lugar, la constatación de que era objeto del vertido -no autorizado- de las aguas jabonosas de los lavaderos; finalmente, que ninguno de los autores da cuenta de la existencia de relaciones de apego con el arroyo, sino más bien lo contrario: aparece como un espacio contaminado, segregado, estigmatizado, fuente de enfermedades y causante de una gran incomodidad para los habitantes de Pocitos.

### **El arroyo: la mirada distanciada**

Se reseña a continuación un par de notas de prensa en las que, como se verá, la valoración de los cronistas acerca del arroyo no difiere mayormente de la de los habitantes de Pocitos. La nota publicada en 1909 en el periódico *La Democracia* comienza de la siguiente manera: “La tarde del domingo invitaba realmente a realizar una *promenade* por la playa de los Pocitos, tan interesante hoy al público por los comentarios que se hacen sobre las maravillas que allí se levantan” (Assunção y Bombet, 1991: 52-53). Hasta aquí tiene el talante elitista y celebratorio de las notas reseñadas más arriba, pero al referirse a la falta de saneamiento, así como a la acumulación de desperdicios en la zona de las rocas, dice: “El célebre arroyo continúa con sus aguas estancadas, trayendo a la playa materias orgánicas que son fuente de microbios y de hedores”. El arroyo, entonces, es un problema que debe ser solucionado, ya que nada tiene que ver con ese paisaje aristocrático que desea promover.

Casi 20 años después, una nota del diario *La Mañana* -en que se presenta el proyecto de saneamiento para la cuenca baja de los arroyos de los Pocitos y de La Buena Moza- señala que éste constituye "una nueva obra de importancia sanitaria, que está llamada a aportar grandes mejoras a una importante zona de la capital". Y agrega: "Los arroyos mencionados se suprimirán completamente a medida que se realicen las obras, desapareciendo con ellos todos los inconvenientes actuales que traen aparejados como los depósitos de basuras y el estancamiento de aguas servidas en la vía pública y terrenos particulares. Desaparecerán, así muchos inconvenientes y peligros para la salud pública, malos olores, etc., (...)" (Las obras de saneamiento de "Los Pocitos", 1928).

Puede decirse que ambas notas tienen un carácter muy distinto, seguramente reflejo de la distancia temporal que las separa: en el primer caso se trata de una crítica planteada desde una perspectiva elitista típica de la *Belle Époque*; en el segundo, se hace foco en la resolución de un problema desde un abordaje técnico-instrumental. Sin embargo, ambas comparten la visión de que el arroyo constituye un problema al que debe dársele una solución; en ningún caso tendría valor en sí mismo y, definitivamente, no es objeto de apreciación estética.

### Conclusiones

Como se ve, entonces, el apego y el distanciamiento no operan de la misma manera según el tópico considerado. En lo que respecta al paraje, efectivamente se constatan dos miradas diferentes, dos paisajes contrapuestos según se trate de habitantes o de visitantes. El paisaje del residente es un paisaje de proximidad y de apego; apego a ciertas atmósferas y ritmos cotidianos, a sus habitantes y a las actividades compartidas, al encadenamiento de sonidos, a los aromas y a las texturas ancladas en la memoria táctil. Se trate del Pocitos al este de Pereira o del próximo al arroyo, los autores dan cuenta de un sentido del *habitar*. Por otra parte, el paisaje de los visitantes se presenta mediado por cánones culturales y modelos estéticos hegemónicos: se trata del paisaje que *se desea ver*. Es fundamentalmente visual y panorámico, aunque incorpora, de forma conveniente, cierta dimensión olfativa que también resulta panorámica antes que próxima. Este paisaje quizás pueda entenderse como una suerte de proyección espacial de lo que la clase media-alta aspiraba a ser: distinguida, elegante, bella...y europea. Dice Besse que el paisaje entendido como representación cultural habla más de las personas, de sus miradas y valores que de un mundo exterior (Besse, 2006: 147). Esto es claro en este caso: se ve y se opera de acuerdo a determinados modelos y lo que no responde a ellos queda invisibilizado. Sin embargo, son las miradas extranjeras como la de T. Child las que ponen de manifiesto el contraste entre lo que se es y lo que se quiere ser (o lo que se cree que se es).

Si el foco se pone en las prácticas de lavado, el apego dependería de la distancia espacio temporal que con ellas se guarde: si están muy presentes en el caso de García Moyano -donde son parte del paisaje cotidiano-, para Negro constituyen un recuerdo pintoresco, romantizado y totalmente ajeno y en Ravera pertenecerían más al dominio de la memoria familiar que al de la realidad tangible -en ese momento ya relictual y extramuros-. La mirada distanciada, por otra parte, tiene un carácter pragmático: de lo que se trata aquí es de salvaguardar la salud de la población. Por tanto, no hay distanciamiento estético posible y, desde luego, tampoco apego.

Al analizar el caso del arroyo en sí mismo se hace evidente el rechazo que, de forma unánime, generaba tanto en propios como en ajenos. Por un lado, ninguno de los textos da cuenta de un mínimo sentimiento de apego por parte de los residentes sino más bien todo lo contrario: aparece como un dato de la realidad que, si bien se entiende asociado al origen del pueblo, presenta más perjuicios que beneficios: los malos olores, la

molestia de los mosquitos, la estigmatización de quienes viven en su proximidad y, fundamentalmente, un riesgo sanitario. Y, por otro lado, es justamente esto último lo que prima en la mirada distanciada: el arroyo constituye, al igual que las prácticas asociadas al mismo, un problema sanitario que debe ser resuelto para beneficio de la población. Por tanto, el arroyo no estaría constituyendo *paisaje* desde ninguna de las dos claves abordadas. Si el arroyo contaminado y sucio no propicia sentimientos de apego y tampoco puede inscribirse en los imaginarios de transformación deseada -como espacio potencialmente bello a ser incorporado al paisaje de las élites-, no es de extrañar la casi total ausencia de voces en favor de su mantenimiento a cielo abierto<sup>6</sup>. En tal contexto de rechazo generalizado, no podía esperarse otra cosa que su desaparición.

## Bibliografía

- Assunção, F. O. y Bombet Franco, I. (1991). Pocitos. Cuadernos del Boston. Serie Montevideo 4 (pp. 51-52). Montevideo: Fundación Banco de Boston.
- Baracchini, H., & Altezor, C. (2010). Historia urbanística de la ciudad de Montevideo: Desde sus orígenes coloniales a nuestros días (2. versión corregida y ampliada). Ediciones Trilce.
- Barrios Pintos, A. y Reyes Abadie, W. (1994). Los Barrios de Montevideo. VII. De Pocitos a Carrasco. Montevideo: Intendencia Municipal de Montevideo.
- Besse, J. M. (2006). Las cinco puertas del paisaje. En Maderuelo, J. (Dir.), Paisaje y pensamiento (pp. 145-171). Madrid: Abada Editores, S.L.
- Besse, J. M. (2019). *Habitar*. Bogotá: Luna Libros, Ediciones USTA, Editorial de la Universidad de Guadalajara.
- Besse, J.M. (2022, 11 de mayo). La necesidad del paisaje [Conferencia]. Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo. Udelar, Montevideo. Uruguay. <https://vimeo.com/713245021>
- Bonavita, Luis. «Los saladeros de Montevideo». El Día, 10 de julio de 1960. Carp 497/3. Instituto de Historia de la Arquitectura - FADU - UDELAR.
- Castellanos, A. (1971). *Historia del desarrollo edilicio y urbanístico de Montevideo (1829-1914)*. Montevideo: Junta Departamental de Montevideo.
- Corner, J. (1999). Eidetic operations and new landscapes. En J. Corner, *Recovering Landscape. Essays in Contemporary Landscape Architecture* (pp. 152-169). New York: Princeton Architectural Press.
- El conflicto lavanderil (1902). Revista Rojo y Blanco. Recuperado de: <https://www.montevideoantiguo.net/el-conflicto-lavanderil/>
- García Moyano, G. (1979). *Pueblo de los Pocitos*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental. Srl.
- Las obras de saneamiento de "Los Pocitos" (1928). Diario La Mañana. 19 de Enero 1928.
- Muñoz, D. (1893). Los pocitos. En Muñoz, D. Artículos. Montevideo: Manuel de León.
- Negro, R.C. (1995). *Pocitos era así*. Montevideo: Arca.
- Nogué i Font, J. (2007). El paisaje como constructo social. En Nogué i Font, J., *La construcción social del paisaje* (p. 11-24). Madrid: Biblioteca Nueva, S.L.
- Ravera, J.J. (2001). *Pocitos de Pereyra p'abajo*. Montevideo: Juan Jorge Ravera.
- Ros, F. J. (1923). Pleito - Pocitos: Su historia. Maximino García.
- Torres Corral, A. (2007). *La mirada horizontal. El paisaje costero de Montevideo*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental

---

<sup>6</sup>Cabe señalar, como excepción, la propuesta del urbanista alemán Joseph Brix para el Concurso internacional para el trazado general de avenidas y ubicación de los edificios públicos para la ciudad de Montevideo de 1911 -que obtuvo el 2do. premio-, que plantea un sistema de espacios verdes a partir del reconocimiento de las condiciones topográficas de la ciudad y los cursos de agua existentes. La misma será analizada en otra oportunidad.